

LAS RAÍCES

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

PERSONAJES

SUSANA, esposa de Aurelio Alarcón; unos cuarenta años, hermosa aún, elegante.

GRACIA, su hija mayor; diecisiete años.

FIFÍ (JOSEFINA), su hija menor; doce años; enfermiza, casi impedida.

SOFÍA DÁVILA; treinta y siete años.

DOROTEA, doncella antigua de la casa; sesenta años; muy decorosa y fina de aspecto; pelo gris, traje negro, cuello blanco.

CARLOTA ARMERO.

LOLA MARIALVA.

MADemoISELLE.

AURELIO ALARCÓN; treinta y ocho años.

DON VICENTE ALARCÓN; cincuenta.

JOSÉ ALARCÓN, hijo de don Vicente; veinticinco.

ANDRÉS ARMERO. (No habla.)

DON GENARO MARIALVA.

UN CRIADO.

UN MÉDICO. (No habla.)

NIÑAS, amigas de Fifi.



ACTO PRIMERO

La escena representa una sala elegantemente amueblada, con piano; por la izquierda termina en una galería chica, llena de cuadros, lozas y plantas. Puerta al fondo; dos laterales á la derecha. A la izquierda, y hábilmente colocada, de modo que sin dejar de verse no estorbe demasiado, una mesa bastante grande, sobre la cual aparece un árbol de Navidad, salpicado de juguetes y lo mejor adornado posible. Es de noche y el salón está iluminado como para una fiesta.

ESCENA PRIMERA

SOFIA, GRACIA, FIFÍ, DOROTEA y MADemoISELLE, acabando de adornar el árbol.

SOF. Faltan estrellitas. Es preciso colocar más de esas de talco entre las ramas.

GRA. Y esta parte está muy sosa; como que solo tiene cinco candelas y dos muñecos recién nacidos, en la cuna.

FIFÍ Pues á mí me gusta mucho; se acabó; dejarlo como está.

SOF. ¿Qué entiendes tú? Queda soso.

FIFÍ ¿No es para divertirme á mí para lo que armáis el árbol? ¿No es por mí la fiesta? ¿Sí, ó no?

GRA. Sí, sí, por tí, rica, por tí, monina adorada.
(La acaricia.)

FIFÍ Pues entonces, dadme gusto... No colgarle

ya más cosas, ¡eal! Estoy cansada (Al oído de Gracia.) y no quisiera ponerme muy malita hoy... No quiero que no estando yo presente hagan nada en el árbol... Y todavía tengo que vestirme... ¿Verdad, Mademoiselle; verdad, Teodorucha? Tardamos los infinitos siempre en el rizado del pelo... Y son ya las nueve y media dadas, y á las diez y media se llena esto de gente...

SOF. ¿Y quieres que la gente vea el árbol desguarnecido y feo? Nosotras seguiremos adornándolo.

MAD. (Al oído de Sofia.) ¡Oh! no la contrariar... Es más sabio de no la contrariar.

FIFÍ Así ha de quedar el árbol. ¡No le toquéis; he de encontrarlo como lo deje! (A Sofia.) ¿Quién te mete á ti, Sofia?... Tú no eres de casa.

SOF. (Aparte.) Si soltase la lengua, contestaría disparates... (Alto á Gracia.) Con el mimo que dáis á esta chiquilla, la estáis preparando un bonito porvenir... No habrá nadie que la soporte.

GRA. Nosotros le haremos siempre la vida dulce... Nosotros bastamos para su felicidad... ¿Querías que la maltratásemos, cuando Dios ha dispuesto que tenga el ángel mío tan mala salud? Padecer y padecer, á la edad en que otras corren y rien... Y no es culpa suya... Ya sabes lo nerviosa y lo desazonada que estaba mamá cuando la tuvo; y según el médico, eso influyó...

SOF. Sí, sí, recuerdo perfectamente...

FIFÍ ¿Qué habláis en secreto? Lo quiero saber...

MAD. ¡Oh! la señorita será más sabia de no preguntar... Cada uno puede tener algo reservado que decir á cada uno.

FIFÍ Es que hablaban de mí... ¿entiende usted, Mademoiselle? Y no me da la gana de que murmuren de mí, en mi presencia... No, Gracia, no va contigo... Es esa chismosa, esa vieja...

TEOD. Fifi, no digas disparates... Que te van á reñir y con razón.

MAD. ¡Oh! Es de muy mal gusto... No es sabio...

SOF. ¿Vieja yo? voy camino de serlo; pero más valdria ser vieja, que ser un escu-rzo encañonado... (Como hablando consigo misma.)

FIFÍ ¿Ves, Gracia? ¿Ves? Me insulta... ¡Arañala!
GRA. Vamos, Fifi... Vamos, Sofia... Me dáis un disgusto...

ESCENA II

DICHAS. AURELIO ALARCÓN por la puerta del fondo. Viste de etiqueta.

AUR. ¿Qué es esto, qué sucede? ¿Reñís?

FIFÍ (Echándosele al cuello.) ¡apáito... Es Sofia, que es mala, que me hace llorar.

AUR. No quiero saber nada... Sofia es buena... Tonterías, caprichitos de mi tirana; acaso vivezas de nuestra amiga... No diga usted palabra, Sofia; si lo que va usted á sermonear lo sé de corrido: que la tenemos mimadísima... Así es, y ¡ojalá consiguiese mimarla más aún!... Amor mío, pide tú la gloria, y me enredo á cachetes con los serafines que la guardan... Sofia, sea usted generosa; perdonéncs nuestra única desgracia en este mundo, que es no ver á mi niña llena de salud y triscando por el jardín del hotel... Si yo pudiese, la regalaría mi sangre, mis piernas, para que corriese alegre y agil... ¿No le da á usted compasión?

SOF. Usted sí que me la da... (Conteniéndose al hacer Aurelio un movimiento.) por la pena que tiene con ver así á la chica. Acaso mejore... No hay que desesperar.

AUR. ¡Ah! Desgraciadamente, según los doctores, es caso sin esperanzas de alivio... (Bajo, aparte con Sofia.)

- GRA. Nos vamos; hay que arreglarse... Anda, Fifi, te llevamos entre Teodora y yo... Y te vamos a poner muy bonita, con el traje nuevo, la cabeza como la de la muñeca... toda rizada...
- AUR. En su cuarto tiene el medallón de rubíes que la regalo por estrena... ¿Te lo pondrás, nenita?
- FIFI. Papá guapo: un beso; me gusta más que el medallón. (Le besa, y salen, sosteniendo Gracia y Teodora a Fifi; detrás Mademoiselle, por la puerta del fondo.)

ESCENA III

SOFÍA Y AURELIO

- SOF. ¿Y Susana? ¿Estará arreglándose?
- AUR. Me figuro que sí... Pronto bajará... ¿Necesitaba usted verla? ¿Hay algo nuevo de ese asunto... que nos preocupa?
- SOF. Ayer estuve en casa de Armero; almorcé allí... Ellos, y sobre todo Carlota, que es muy larga, no ignoran el interés que me tomo por arreglar definitivamente esta boda. Andrés Arméro es muchacho simpático; tendrá un porvenir brillante en los negocios de su padre, que ya casi se los deja en las manos; no podemos esperar mejor marido para Gracia... y además, hay una inclinación: se miran, coquetean... Después del almuerzo de ayer, me parece que es cosa hecha. Se clarearon mucho. Esta noche vendrán aquí, por lo menos la madre y el hijo; me lo han anunciado... y seguramente, con tal motivo, se explica Andrés.
- AUR. ¿Lo cree usted? Sería altamente satisfactorio para mí... y para Susana lo mismo...
- SOF. Pues ¿por qué lo estoy gestionando, sino porque para usted... y para Gracia es venta-

- joso el enlace? Por usted... (Con apasionamiento.) por usted (Reprimiéndose) y por los demás de esta casa, no me importa desempeñar el desairado papel de zurcidora ca-amentera... Después de todo, no será más desairado que el de solterona... y parece que se completan los dos.
- AUR. No diga usted eso, Sofía... usted está muy bien, muy joven, y el día menos pensado, arregla su propio matrimonio... Y será dichoso el que se apodere de ese corazón leal, vehemente... ¡No se me sofoque usted! Ya sabe que habla un amigo, persona de todo punto formal...
- SOF. Yo no he de casarme nunca..
- AUR. ¿Es un voto?
- SOF. Es un propósito... Miento; es algo que no pende de mi voluntad... Cosas que hace la fatalidad... En fin, ¿qué importa?
- AUR. Sí que importa mucho... Me importa a mí, que quisiera verla a usted tan dichosa como yo soy y seré mientras no pierda a las amadas mujeres que han labrado mi felicidad en este mundo... Susana, a quien quiero como el primer día; no; ¡más! Gracia, que ya sabe usted si vale, si no es la más encantadora de las criaturas; y... mi pobre Fifi, la única espinade pena que se me hinca en el alma... Mire usted lo raro: quizás debido al estado de esa criatura, me parece que la adoro doble que a su hermana y a su madre. Es que por ella sufro... y las otras sólo me dan alegría.
- SOF. Me va usted a enternecer... ¡Qué bueno, qué noble es usted, Aurelio! (Se seca los ojos.)
- AUR. ¿Lo ve usted? Es preciso crearse afectos, Sofía; prescindir del egoísmo... Lo único bueno es la familia, el hogarcito abrigado para la vejez. Desde que me casé sólo he vivido para los míos... y tan dichoso. ¿No es cierto? ¿Por qué se calla usted?

- SOF. Podría contestarle á usted tantas, ¡tantas cosas!
- AUR. Vengan... Ya sabe usted como la escucho...
- SOF. No; he hecho voto de silencio. ¡De eso si que he hecho voto!
- AUR. (Extrañado.) Noto que habla usted muchas veces así, de un modo reticente...
- SOF. ¡Jesús! ¡Reticencias! ¡No parece sino que existe algún misterio aquí! Nada de eso... Es lo más sencillo: yo no creo que se formen los hogares, como usted dice, para la felicidad.. Todo el que forma un hogar, me parece á mí que es como si aceptase una lucha... Tiene que vigilar ese hogar, tiene que defenderlo, tiene á su cargo el destino de otras personas y hasta su honor... El hogar es una cosa muy seria. Para descansar y vivir libre de cuidados, comprendo el claustro, pero no la familia...
- AUR. Pues ya ve usted que yo...
- SOF. No me argumente usted con ejemplos, que ejemplos los hay de todo... ¡Y menos con ejemplos personales!..
- AUR. Es que un ejemplo tan visible para usted... Catorce ó quince años que nos conoce usted y nos visita casi á diario...
- SOF. (Penosamente.) Es cierto... Pero por lo mismo... Lo que está demasiado cerca, se aprecia mal...

ESCENA IV

LOS MISMOS, UN CRIADO; después, DON VICENTE ALARCÓN
y JOSÉ ALARCÓN

- CRIADO Están ahí unos señores que quieren ver al señor.
- AUR. ¿No será nadie que venga á la fiestecilla? Me parece temprano... ¿Han dicho su nombre?

- CRIADO Me han dado esta tarjeta... (La presenta en una bandeja.)
- AUR. (Después de leer la tarjeta.) ¡Que entre, que entre en seguida! ¡Feliz casualidad! ¡Llegar el día de Nochebuena! Cenará con nosotros... ¡después de tantos años!
- SOF. ¿Pero quién?... (Vase el criado.)
- AUR. ¡Quién menos esperábamos! ¡Mi señor primo, Vicente Alarcón en persona! ¿Qué viento le traerá? Porque ese no se mueve sino por algo y para algo. ¡Ájaro de cuenta es. Así se ha labrado una fortuna, según dicen; que yo, por él, lo ignoraría. (Volviendo á mirar la tarjeta.) ¡Calle! Aquí pone con lapiz «é hijo». Al chico apenas si le reconoceré... ¡Le vi tan pequeño! (Entran don Vicente y José Alarcón.)
- AUR. (Precipitándose á la puerta.) ¡Bienvenidos, mil veces bienvenidos seais! Un abrazo, Vicente... José, otro abrazo.
- D. VIC. (Señalando á Sofía.) ¿Es Susana? ¿Es tu mujer?
- SOF. (Desviándose.) No, no; soy una amiga de la casa...
- AUR. Es nuestra íntima amiga Sofía Dávila. Una hermana para mí... Mi primo, mi sobrino... Susana está arriba arreglándose; damos esta noche una fiesta de niños; nada, un árbol... En seguida bajara. Te presentaré á mis hijas y con Susana volverás á hacer conocimiento, porque sin duda ya no la recuerdas bien... Y tú, José, no la has visto...
- JOSÉ Yo poseo un retrato de tía Susana, y no la confundiría con otra mujer. Es muy guapa, tío.
- D. VIC. (A Aurelio.) ¿Permites? (saca un cigarro sin aguardar respuesta.) Mi único goce es el cigarro.
- AUR. Si no es molesto para Sofía...
- SOF. Por mí... no se prive del goce.
- D. VIC. (Encendiendo.) No es goce completo; mejor se fuma estando solo...
- AUR. Si quieres nos iremos... Veo que no has cambiado, que sigues tan misántropo.

- D. VIC. No soy misántropo; no tengo prevención contra el hombre en especial, sino contra el Universo; no me gusta el pesimismo a medias; el hombre es malo, porque es malo el mundo en que nace y vive... Ya sé que tú no profesas mi opinión.
- AUR. No, por cierto. Me encuentro muy á gusto en la vida. Sólo deseo que me dure. Soy lo que se llama dichoso... y lo soy desde el día de mi boda.
- D. VIC. Imposible. Lo crees, te lo figuras... Es cuanto te concedo.
- AUR. ¿En dónde está la diferencia?
- D. VIC. En que sin remedio, un día saldrás de tu error... En que la vida te presentará la cuenta... Habrás de pagar... Y ¡ay de ese día!
- AUR. Sofía, usted que me conoce; que conoce mi interior, dígle usted á este ave de mal agüero si soy ó no feliz... Y feliz honradamente.
- SOF. Yo confieso que opino como su primo de usted. No hay nadie dichoso de verdad.
- AUR. Tiene usted razón... ¡No debo olvidar á mi pobre enferma!... Pero, aparte de esa espina... no me cambio por ninguno.
- D. VIC. (Mirando alrededor) Tú no eras rico... Hace unos catorce años vivías estrechamente... ¿Has negociado?
- AUR. Han negociado por mí... He puesto el capitalito en buenas manos... y ya ves, ya ves... Sin ser archimillonario, disfruto un regular desahogo... No es que en eso consista mi felicidad, pero...
- D. VIC. Pero en eso está fundada... No; no te haré la ofensa de creer que desprecias el dinero... (Fuma) El dinero, hijo, es lo más apreciable del mundo; lo único que hace llevaderas sus amarguras... Ya sabes que hay quien dice: «No puedo gustar á todos, no soy doblón»... De manera que, si fuésemos doblones, teníamos la seguridad de que, sin ex-

- cepción, gustaríamos... Lo cual no le sucede ni á la mujer más hermosa.
- AUR. Hay que dejarte hablar; tú no eres ni tan egoísta ni tan interesado como te finges... ¡Si no te conociésemos! Y ¿cuál es el objeto de tu venida, después de tanto tiempo que no pones los pies en Madrid, que andas viajando sin cesar?
- D. VIC. Yo no digo nunca ni á lo que vengo ni á lo que voy... Costumbre de negociante.
- AUR. Como quieras... ¡Eres un tipo gracioso! Sofía, ¿me hace usted el favor de subir, para que baje pronto Susana, ó al menos Gracia? ¡Que están aquí unos forasteros muy inesperados y á quienes tendrán gusto en saludar inmediatamente...! Dígale también á Susana que después del árbol, Vicente y José cenarán con nosotros, en familia. Sofía... perdone, y mil gracias.
- SOF. Voy á apurarlas, aunque probablemente estarán listas del todo... (Sale por la galería á la izquierda.)

ESCENA V

AURELIO, DON VICENTE Y JOSÉ

- AUR. Y ¿á qué dedicas á tu hijo? O también es eso algo que no pueden decir los negociantes?
- D. VIC. Ni eso, ni la causa de mi venida á Madrid, serán para tí un secreto... Lo que hay es que no estábamos solos.
- AUR. Sofía es de casa.
- D. VIC. De la tuya, á lo sumo... Nadie es de casa sino los de casa... y á veces ni aun esos.
- AUR. Bien; si se trata de algo reservado...
- D. VIC. Pues mi hijo, negociante como yo, viene á tratar de encontrar novia... y como me importa mucho que la encuentre á satisfac-

ción... le acompaño en clase de agente de policía, para que, si hace una atrocidad, al menos la haga con pleno conocimiento de los antecedentes, esos antecedentes que no son por completo del dominio público y que jamás llegan hasta los que parten de la suposición de que la gente es buena ó quizás mediana.

AUR. ¡Qué lástima que Gracia tenga ya un pretendiente casi oficial! Haríamos una boda en la cual te habrías ahorrado el trabajo de investigación.

D. VIC. ¿Ahorrármelo? Investigaría tratándose de mi propio hermano. Con que ya ves...

JOSÉ No haga usted caso á mi padre... Son fantasías... No estoy completamente decidido á casarme... Y desde luego, respetándole mucho, no me guiaré del todo por sus informes. Esas cosas... bajan del cielo, como suele decirse.

AUR. Hoy vendrán aquí muchachas; á ver si hay flechazo... Te presentaré á Lolita Marialva; ¡es muy mona!..

JOSÉ No hay inconveniente... Pero no crea usted que por eso... Si mi vocación al matrimonio fuese tan resuelta, cien ocasiones hubiese tenido en América, en Bilbao, en Barcelona... Tener que casarme no me produce ensiasmo.

AUR. ¿Es posible?

JOSÉ Y tan posible. No estoy convencido de que sea cosa muy buena el matrimonio.

AUR. Pues yo te aseguro que cuando el hábito remacha el clavo del querer; cuando el querer, por un raro prodigio, pareciendo antes tan grande que no cabía más, se extiende á los hijos y se hace como infinito, no existe en la tierra nada mejor. Aquí me tienes á mí: ni vivo, ni respiro sino para Sofía y Gracia... y sobre todo, para Josefina, que es la enferma. A esa, la daría mi sangre.

JOSÉ Al estado que usted me describe, tío, yo no quisiera llegar. Será dulce, pero tiene mucho de enervante. La familia es uno de los fines de la vida; no el único. Y yo soy poco mimoso... A mí no me ha dado mi padre ningún mimo. Me ha educado asperamente. Se lo agradezco.

D. VIC. Te he educado para el combate y la conquista, en países duros, donde se gana el pan con el puño cerrado. Haces bien en agradecerme que te haya criado con pelos en el alma.

AUR. Según eso, ¿no hay cuestión de bodas?

JOSÉ Pchs... Veremos. Lo que hay seguramente es una cuestión de intereses, y de aquellas en que es necesario adelantarse; la actividad se impone... para salvar lo que se pueda de un naufragio.

D. VIC. Naufragio que yo había previsto, ¡ya lo recordarás, José!... Yo tenía, hace tiempo, la mosca en la oreja... Una casa de banca que no es de las más fuertes, y está minada por el derroche insensible y oculto de su patrón... Cuando llega á mi noticia que un banquero gasta sin tino, y gasta secretamente, y sostiene á una mujer que no es la suya, no me extraña que el mejor día suspenda sus pagos, máxime si ha hecho, por el afán de aumentar el boato de esa mujer y de su familia, especulaciones arriesgadas, jugadas locas... Este es el columpio: unos bajan y otros suben... Y como yo no quiero bajar, vengo á rescatar mi pedazo de carne de entre las uñas de ese individuo, que está con el agua al cuello, aunque por ahora tengo entendido que nadie lo sospecha.

AUR. (Vagamente inquieto.) ¿Y quién es el individuo?

D. VIC. (Con impulso ligero de desconfianza.) ¿Qué nos importa su nombre? Es... uno de tantos como han equivocado el camino, buscando en casa ajena lo que deberían tener en la propia...

Mujer, hijos, ¡lo más propio! lo ha querido ajeno; ajeno el lujo, ajeno el hogar... Pues que lo pague. ¡Yo soy partidario de que á cada cual le vaya en esta vida según sus actos!

- AUR. ¡Triste caso! Un drama que, diga lo que quiera tu pesimismo, no debe de ser muy frecuente en la vida... (Insistiendo con la misma vaga inquietud de antes.) Pero en fin, el nombre de ese banquero se sabrá de público mañana, si en efecto su ruina es completa ..
- JOSÉ Verdad, padre; ¿á qué viene callarlo? Bajo reserva... El banquero, es... Casarrobles.
- AUR. (Con estupor doloroso) ¡Casarrobles!
- D. VIC. ¿Le conoces? ¿Es amigo tuyo?
- AUR. Sí... Le conozco... Le conocemos...
- D. VIC. ¿Es que tienes fondos por casualidad en su casa?
- AUR. No... (Titubeando y riendo forzadamente.)
- D. VIC. Entonces, ¿cómo te ha producido tal efecto la noticia?...
- AUR. Porque... porque no la esperaba... Una sorpresa... pero nada más...
- JOSÉ (Aparte.) Miente. Se ha puesto pálido como la cera.
- D. VIC. (Aparte.) Miente. Le ha causado demasiada impresión... ¡Este José! ¡Qué ligereza! Si tiene fondos en poder de Casarrobles y se nos adelanta...

ESCENA VI

DICHOS, SUSANA, GRACIA, SOFÍA, luego FIFI sostenida por DOROTEA y MADEMOISELLE

- SUS. ¿Es verdad lo que me dice Sofía? (volviéndose hacia los forasteros.) ¡Vicente! ¡José! ¡Cuánto gusto en veros, cuánta satisfacción en que paséis esta noche con nosotros! No podía-

mos soñar mejor complemento para nuestra cena de familia... Aquí tienes á tu sobrina, la mayor; la pequeña bajará en seguida... No es tan fuerte la pobre; nos da mucho cuidado su salud... Gracia, ¿qué haces que no abrazas al tío y al primo?

(Gracia abraza á don Vicente, que apenas la estrecha; al dirigirse á José para abrazarle, éste retrocede, y la besa la mano.)

- JOSÉ Perdona, prima; eres muy guapa, y yo no soy de estuco...
- GRA. ¡Qué bromista, primo! Gastas buen humor... Se me figura que contigo lo vamos á pasar muy bien... ¿Vienes por temporada?...
- JOSÉ Sí... No nos iremos tan pronto... ¡Pero estoy volado! No sabíamos que teniais fiesta; si nó, nos hubiésemos vestido. Acabamos de llegar.
- GRA. No te preocupes. Sólo vendrá gente de confianza...
- JOSÉ ¿Tu futuro y su familia?
- GRA. ¡Dices que acabas de llegar? Yo creo que ya estás de vuelta.
- SUS. Aquí tenéis á la niña mimada, á nuestra Josefina... Aurelio, ayúdala; dila que está bonita con el traje... ¿Qué te pasa? ¿No me oyes?
- AUR. (Saliendo del ensimismamiento y fijándose en la cara de Susana.) No sabe nada...
- SUS. (A Aurelio) Pero, ¿no haces caso de Fifi?
- AUR. Perdona; ya voy... (Se adelanta hacia el grupo de Fifi, Dorotea y Mademoiselle. Fifi viste de blanco ó rosa, con elegancia y coquetería; le han rizado el pelo en tirabuzones; se ve que viene fatigada, exhausta por el esfuerzo que representa la "toilette".)
- FIFI ¡Papa! Mira, traigo puesto el medallón... el medallón que tú me regalaste...
- AUR. (Ensimismado.) Bien; el medallón...
- FIFI Pero, ¿no lo miras? Es precioso... Dame un beso. (Aurelio no escucha.)
- SUS. (Empujando á Aurelio.) La niña te pide un

beso... ¿Qué tienes? (Aurelio, empujado por Susana, besa á Fifi.)
 FIFI ¡Qué beso tan raro! Bésame mejor...
 SUS. (Aparte á Aurelio.) Algo te pasa. No quieras engañarme; conozco tu cara, ya lo sabes, tan divinamente. Algo te pasa y algo muy serio.
 AUR. Ya hablaremos. Ahora es imposible.

ESCENA VII

DICHOS. CARLOTA ARMERO, LOLA MARIALVA, ANDRÉS ARMERO, DON GENARO MARIALVA, NIÑAS, amigas de FIFI, y entrando después poco á poco algunos invitados, que no deben pasar de cuatro ó seis entre caballeros y señoras

CAR. ¡Felices Navidades, Susana! Habéis tenido una idea preciosa al convidarnos así... en la intimidad...
 LOLA ¡Qué encanto de fiesta!... Nos vamos á divertir muchísimo...
 SUS. Carlota, te presento á mi primo Vicente, á mi sobrino José Alarcón... ¡Nuestros parientes más próximos!... Acaban de llegar; no sabían que teníamos gente... Andrés Armero... Lola Marialva... Don Genaro Marialva... ¿Saben ustedes? Nos han dado la encantadora sorpresa de presentarse esta noche... Ya era tiempo; al sobrino, ni le conocíamos.
 D. VIC. (Llevándose hacia un rincón á Don Genaro Marialva.) Señor Marialva, tanto gusto... Hace tiempo que le conozco á usted de referencia... ¿No es usted amigo de Casarrobles?
 D. GEN. Pchs... Le trato; le encuentro á veces en Bolsa...
 D. VIC. ¿No suele venir aquí?
 D. GEN. No, por cierto... De tarde en tarde...
 D. VIC. (Acercándose sin afectación á Carlota Armero.) Señora... ¿No sabe usted si tendremos aquí al señor Casarrobles esta noche? Me vendría tan bien encontrarle... Un negocillo...

CAR. (Afectando discreción y transparentándose.) Le diré... No sé... Eso, mejor que nadie, Susana... Ya ve usted: la dueña de la casa.
 D. VIC. (Aparte.) ¡Hola... hola!... Si se aplica el dedo, el registro suena... Por grande que sea la malicia, no cabe en ella la verdad.
 FIFI (A sus amiguitas.) ¡El árbol, el árbol! ¡El sorteo de los juguetes! ¡Veréis qué bonito!
 TODAS ¡El árbol! ¡Los juguetes! ¡Qué gusto! ¿Y después, bailaremos?
 FIFI ¡Bailaréis! (Tristemente.) Yo miraré...
 TODAS ¡Los juguetes! ¡El árbol! (Bullicio. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO